



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 7.—SABADO 16 DE FEBRERO DE 1850.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y Estranjero: Año 80.

HISTORIA DE LA SEMANA.



El carnaval, los amagos de nuevos trastornos en Francia y las precauciones militares tomadas en Madrid, se han repartido el interés de la semana.

Poca, muy poca importancia tiene la crónica parlamentaria de los últimos siete días: en el Congreso se dió cuenta del dictámen de la comisión mixta sobre el proyecto de ley de contabilidad legislativa: el Senado se ocupó del dictámen de la comisión mixta sobre el proyecto de ley de contabilidad,

que fué aprobado sin discusión por 104 bolas blancas contra una negra. El debate sobre autorización sigue aun ocupando á la alta cámara.

Las gratas y lisongeras esperanzas que abrigan todos los corazones amantes del bien y prosperidad de la patria, están completamente confirmadas. Por la mayordomía mayor de Palacio, y con la fórmula de costumbre, se comunicó el miércoles al gobierno la importante noticia de que S. M. la reina Isabel se halla en cinta. Igual comunicacion se ha pasado á los gefes de la Real Casa, y en el momento en que escribimos estas líneas, se reúnen los cuerpos colegisladores para oír sin duda aquella nueva.

FRANCIA. Sombrio por demas es el cuadro que tanto las cartas particulares como los periódicos hacen del aspecto que presenta la política en París. El horizonte aparece cargado de tempestades, y las gentes sensatas y pacíficas se entregan á toda clase de siniestros presentimientos. Sin hablar de las causas generales que han ido amontonándose y creando dificultades sin número, nos ocuparemos tan solo de aquellos que por mas recientes parecen haber influido mas directamente en la crisis que se presenta.

Es la primera la nota pasada por el Austria y la Prusia, con motivo de los refugiados políticos. El gobierno francés no desconoce los peligros con que le amenaza la propaganda revolucionaria: pero dominado el presidente por el recuerdo de lo que hizo el directorio Suizo en circunstancias análogas durante su emigracion en aquel pais, parece estar resuelto á no cooperar á los designios de las potencias alemanas. Mas llegará el caso de que estas intervengan y entonces ¿qué hará la Francia? ¿Dejará á los austriacos y prusianos intervenir solo, ó se opondrá á la intervencion? En el primer caso difícil será que pueda contener los arranques del partido revolucionario, y en el segundo tendrá que aceptar eventualmente la guerra. La situación por este lado es difícilísima.

La segunda causa se encuentra en la division bien caracterizada ya del partido conservador: los orleanistas, á cuya cabeza se encuentran el duque de Broglie y los señores Pásey, Piscatory, Odilon Barrot, han constituido su reunion aparte, que se compone de unos 200 representantes: los legitimistas se han aislado igualmente, y lo mismo han hecho los generales Cavaignac, Lamoriciere, Bedeau, M. Dufaure y otros. M. de Montalembert se encuentra á la cabeza de los restos del partido católico, tambien mutilado y casi disuelto, y entre tanto M. Molé y M. Thiers permanecen sin tomar una resolucion definitiva. En cuanto á los socialistas ya hemos indicado que se encuentran ahora mas unidos que nunca.

Todas estas cosas han producido grande alarma en el público, y á ellas se agrega la que causan las diferentes reuniones de obreros y ociosos que se forman todas las noches en los barrios.

El día 4 hubo en París barruntos de conmocion, turbas amotinadas, insultos á la autoridad y gritos revolucionarios. Este suceso, enteramente aislado, fué provocado por la órden de arrancar los árboles de la libertad.

Los desórdenes de que la capital ha sido teatro en los días 4 y 5 no han seguido adelante. Sin embargo, las noticias estranjeras por un lado, y la situación interior por otro, tienen en alarma á las personas sensatas.

A pesar de la conmocion que durante dos dias se notó en algunos barrios de París, la Asamblea continuó sus sesiones sin interrupcion. En la actualidad se ocupa del proyecto de ley de enseñanza, y como que consta nada menos que de 87 artículos, y hay una infinidad de enmiendas presentadas, y otras muchas que irán apareciendo conforme adelanten los

debates, es de presumir que estos serán sumamente largos.

En la sesion del primero examinó la Asamblea una proposicion que tenia por objeto modificar un artículo del reglamento. Las secciones se ocuparon del nombramiento de la comision que deberá examinar el proyecto de ley en que se declara la destitucion de los veintinueve representantes condenados por el tribunal de Versalles.

En la sesion del 4 comenzó á discutirse un proyecto de ley en que se propone que el 1.º de agosto próximo cese el secuestro en que están los bienes pertenecientes al rey Luis Felipe y á los demas miembros de la familia de Orleans. Habiendo aceptado la comision una enmienda en que se proponia que los acreedores podrán retener bienes ó productos hasta la cantidad de 20 millones de francos, fué preciso suspender esta discusión.

En la sesion del 6 ocurrió un incidente desagradable entre Mr. Leo de Laborde y Mr. Richardet. El primero dirigió al segundo por tres veces consecutivas un *ments* claro y terminante, y aunque en el momento mismo mediaron varias personas no hubo medio de que retirara sus palabras. Se creia que este incidente concluiría por un desafío.

PORTUGAL. Los periódicos de este pais no se ocupan mas que de la cruda y encarnizada guerra de que está siendo objeto el conde de Thomar, presidente del Consejo de ministros. La situación se va complicando, y desgraciadamente el aspecto que presenta es bien poco consolador.

La denuncia hecha por el conde de Thomar ante el tribunal del Banco de la reina en Londres de un artículo publicado por el *Morning Post*, en que se atacaba la probidad del conde, ha dado lugar á terribles escándalos en la prensa portuguesa, con motivo de cierto juramento ó declaracion prestada por el agente ó apoderado de dicho conde, protestando que jamás habian mediado relaciones inmorales é impropias entre aquel y S. M. la reina de Portugal. Como el terreno es tan resbaladizo, no podia menos de producir semejante declaracion comentarios y alusiones picantes.

Un miembro de la cámara de los pares hizo una interpeccion sobre este asunto.

Despues de una sesion borrascosa, la cámara creyó conveniente ahogar la peticion del conde de Lavradio sobre el consabido asunto del *Morning Post*. Los pares que deploraban el escándalo á que esta discusión iba á dar lugar, lo evitaron aprovechándose de una fórmula reglamentaria en que se dice que toda peticion debe, antes de discutirse, ser aprobada por la cámara: consultada esta decidió por 27 votos contra 22 que no admitia las interpelaciones del conde de Lavradio.

Encontrando por aquí la puerta cerrada presentó el mismo la siguiente proposicion.

«La cámara de los Pares deplora con profundo sentimiento que por un acto de inaudita, temeraria é indisculpable osadía se haya consignado en un documento auténtico, ante



El emperador de Rusia.

un tribunal extranjero, una declaracion altamente ofensiva al respeto debido á la augusta, sagrada y virtuosísima persona que se encuentra á la cabeza del Estado».

Como el número del *Morning Post*, en que se habla de este asunto no se encuentra la mencionada declaracion, la mesa se aprovechó de esta circunstancia para proponer que no debía darse curso al asunto careciéndose del principal elemento que lo constituía. Asi lo acordó la mayoría.

Pero fácilmente se comprende que todo esto no es mas que ganar tiempo con mengua del prestigio y de la autoridad del gobierno. La situacion es pues grave.

INGLATERRA. El 31 se verificó, segun estaba anunciado, la ceremonia de la apertura del parlamento; habiendo leído el lord-canciller en nombre de S. M. el discurso de costumbre. Acto continuo comenzo en ambas Cámaras la discusion del mensaje.

La cámara terminó en una sola sesion la discusion del mensaje. Los debates no han sido tan animados como se esperaba. Tomaron la principal parte en ellos lord Stanley en sentido de oposicion, y el marqués de Lansdowne á nombre del gobierno. El primero tocó el punto de las relaciones exteriores, contrayéndose principalmente á la cuestion romana. Lord Stradbroke presentó la enmienda del partido proteccionista, encaminada á llamar la atencion de S. M. sobre el estado en que se encuentran las clases agrícolas. Puesta á votacion dió el siguiente resultado:

En favor del mensaje; lores presentes 86; por poder 66. Total 152.

En favor de la enmienda: lores presentes 69; por poder 34. 103.

La mayoría ministerial ha sido de 49 votos.

En la Cámara de los comunes presentó la enmienda sir J. Trollope, y se distinguió apoyándola el marqués de Granby. Para que se vea hasta qué punto procuran los ingleses no perder tiempo en discusiones inútiles, y con qué templanza usan de la palabra los oradores tanto ministeriales como de la oposicion creemos conveniente traducir el siguiente diálogo entre lord John Russell y monieur d'Israeli en la sesion del 31. Dijo el primero: «Desearia que fuese cosa convenida que la discusion quede mañana cerrada (voces de la oposicion:—De ninguna manera no es nuestro ánimo comprometernos á semejante cosa). Tal vez el honorable M. d'Israeli se comprometerá á ello. A lo cual respondió este: Pienso y espero que mañana podrá quedar cerrada la discusion; pero no puedo asegurarlo. Dependerá de las disposiciones de los oradores ministeriales y de la oposicion, y siento tener que añadir que la experiencia me ha enseñado que el noble lord no ejerce siempre sobre sus amigos políticos el influjo que desea que yo ejerza sobre los míos.» Es de advertir que esto ocurría el primer día de discusion; el mismo en que se habrá leído el discurso del trono.

La Cámara de los comunes de Irlanda terminó la discusion del mensaje en la sesion del 1.º, habiendo sido desechada la enmienda de la oposicion y adoptado por consiguiente aquel por una mayoría de 314 votos contra 192. La mayoría ministerial ha sido, segun se ve, de 119. La sesion concluyó á las dos de la mañana.

GRECIA. No cabe la menor duda acerca del abuso de fuerza que la escuadra inglesa acaba de cometer en Grecia. So pretexto de reclamaciones por daños y perjuicios causados á súbditos británicos, el almirante Parker se ha presentado con su escuadra, compuesta de siete navíos y seis buques de vapor, en Salamina, y despues de haber notificado al gobierno griego que si en el término de veinte y cuatro horas no daba satisfaccion, tomara las medidas coercitivas que creyese convenientes, ha bloqueado todo el litoral, dando orden á sus cruceros para que capturen los buques de guerra que encuentren con pabellon helénico. El gobierno propuso que se sometiese la cuestion al arbitraje de la Rusia y Francia; pero los representantes ingleses no han tenido por conveniente acceder á tan justa proposicion.

Se dice que la escuadra inglesa se habia apoderado de la flotilla griega, y que pensaba hacer lo mismo con las aduanas del Pireo, Patras y Egina. Tambien el *Observador* de Trieste trae noticias de Atenas que alcanzan al día 21. El pueblo estaba muy irritado contra los ingleses, y al salir el domingo el rey á misa fué vivamente victoreado, habiendo participado del mismo honor los representantes de Rusia y Francia. El *Journal des Debats* asegura en su número del 7, que el gobierno inglés aceptaba el arbitraje de la Francia; pero el *Constitutionnel* que debía saber la verdad en este asunto, se limita á decir que hay esperanzas de que todo se arregle satisfactoriamente.

SUIZA. Indicamos arriba que una cuestion importantísima para la paz de Europa se presentaba en el horizonte político: el Austria y la Prusia reclamaban la espulsion de los refugiados que en Suiza han establecido un centro de propaganda revolucionaria. Con este objeto, ambos gabinetes han dirigido al de Francia una nota, en la cual, despues de dar por sentado que la actitud agresiva de la Suiza, la privan del derecho de neutralidad que se le concedió en los tratados de Viena, esponen que el trabajo incesante de la propaganda demagógica establecida á las puertas de sus respectivos Estados, les obliga á mantener sus ejércitos tan considerables que el de Austria asciende á 600,000 hombres, y el de Prusia á 490,000; que los gastos son insostenibles, que la prolongacion de semejante estado de cosas, aleja indefinidamente el restablecimiento de la paz en Alemania, y obliga á las dos naciones á ocupar bien sea el ducado de Baden, la Sajonia ó el Wurtemberg; que tambien están comprometidas en el norte de Italia la seguridad y tranquilidad; y en fin, que están resueltas á reclamar del gobierno federal la espulsion de los refugiados que se encuentran en territorio suizo. Las dos potencias esperan que la Suiza atenderá sus reclamaciones; de lo contrario penetrarán en Suiza y verificarán por sí mismas la espulsion.

Al hacer las dos potencias esta comunicacion al gobierno francés, se han llevado la mira de informarle del verdadero estado de cosas por si creyese conveniente cooperar con ellas, previniéndole al mismo tiempo que si no lo estimase así, ellas están resueltas á tomar por sí solas las medidas que exige su propia seguridad. Tambien han hecho igual notificacion al gobierno sardo, el cual parece que ha contestado que resolverá en cuanto sepa la determinacion del gobierno francés.

ITALIA. Nada de particular ocurre en Italia. Las noticias de aquel pais no llaman la atencion por ningun concepto.

ESTADOS UNIDOS. El 4 llegó á Liverpool el barco de vapor el *Canada* con la correspondencia de los Estados-Unidos. Segun las noticias de Nueva York, que alcanzan al 23 de enero, no habia ocurrido ningun suceso importante. El presidente Taylor habia dirigido un mensaje al Congreso, invitándole á que aprobase la Constitucion que los pobladores de la California han redactado.

HAITI. Las cartas de Haiti anuncian que el 3 de enero ocurrió un encuentro entre las fuerzas navales de la república de Santo Domingo y las de la de Haiti, habiendo tomado las últimas el desesperado partido de encallar en la costa por no caer en manos de las primeras.

EL CABALLO.

El caballo pertenece á la especie de los Paquidermes; él solo forma la familia de los Solipedos, es mamífero-vivíparo, monogástico y hervívoro y no tiene mas que un estómago. El pié del caballo es monodáctilo; su dentadura se compone de doce incisivos, cuatro caninos ó colmillos y veinte y cuatro molares, y con respecto á su anatomía, tiene los intestinos mayores que las de los demás animales, con especialidad el llamado ciego; pero tiene el estómago sumamente reducido y construido de modo que no parece sino que al formarlo se quiso hacer el vómito imposible.

Pocos animales se hallan dotados de sentidos tan finos ni tan desarrollados como el caballo: sus ojos aun en medio de la oscuridad, tienen muy buen alcance; su oído es estremadamente delicado, y el olfato es de tal sutileza que conoce al momento la presencia de la yegua, aun á muy larga distancia. El temblor habitual y espontáneo que en todos sus músculos subcutáneos se advierte, asi como la facilidad con que escoge su alimento, sin tomar mas que la parte que es de su gusto, indican la escelencia de su tacto; finalmente, hasta en la misma voz tiene el caballo una superioridad incontestable sobre los demás animales; sus relinchos son espresivos, claros y siempre conformes con las sensaciones de que proceden.

Aunque el caballo se halla sometido en todas partes al imperio del hombre, no deja sin embargo de encontrarse aun en estado salvaje en los Steppes de la Tarterie (páramos de Asia) en ciertos lugares de lo interior del Africa; en las Pampas de la América meridional y en algunos otros eriales areniscos de Europa. En este estado los caballos viven en bandadas, que marchan siempre errantes, pero reunidos: cierto número de ellos sirven de guia á los demás, haciendo un verdadero servicio de vanguardia, explorando y descubriendo todos los terrenos y replegándose rápidamente sobre la columna, desde el instante en que consideran próximo algun riesgo; pero únicamente obedecen á el caballo que miran como jefe, y que atendida su arrogancia y valentía siempre es el caballo mas hermoso de todos. Están amagados de un ataque ó próximo á sufrirlo, al momento todos se forman en estrecho círculo, con las cabezas vueltas hácia el centro, y el ataque es repelido á coques; si el círculo se ve desbaratado, cámbiase al instante la estrategia, volviendo todos la cabeza hácia la parte exterior, y redoblando con mas fuerza las cozes sobre la interior del círculo.

El caballo salvaje resiste perfectamente, aunque sea por muchos dias, la falta de alimento, á veces meses enteros, contentándose con un poco de musgo ó algunas cortezas de árbol: pero en cuanto á la sed, no sería capaz de sufrirla con tanta resignacion. Por pequeña que fuese la privacion del agua, luego se entrega al desaliento, y si la privacion se alarga, apodérase de él una especie de demencia, que es un contagio para todos los demas. El caballo jefe pierde su predominio, la bandada se dispersa en el mayor desorden, y cada cual se escapa galopando á la aventura en busca de una fuente ó de un arroyo.

Por respetable que sea el voto del inmortal Bufon, no podemos por eso conformarnos con él en cuanto á la constitucion física y configuracion exterior del caballo salvaje, pues miramos el doméstico como preferible á su hermano el salvaje, tanto en la elegancia de sus formas, como en alzada y en longevidad. Es cierto que el caballo salvaje reúne algunas ventajas sobre el doméstico, como son: mayor delicadeza en el oído, en el olfato, mas perspicacia en la vista, mas sobriedad y una resistencia admirable para las fatigas y la intemperie; todo lo cual se halla probado hasta cierto punto por el ejemplo siguiente, tomado de la campaña de Napoleón en Rusia. De cada veinte y nueve caballos que perdía el ejército francés á causa de la falta de alimento ó por exceso de trabajo y frio, nueve habian sido salvajes y los demás nunca lo fueron. Mas con respecto á la configuracion exterior, el salvaje es inferior en sumo grado al doméstico; tiene por lo general poca estatura, cabeza abultada, orejas largas, anchas y desproporcionadas, pelo largo, espeso y desigual que le cubre las narices, siendo muy frecuente el que el color de su capa, blanco sucio ó gris, sin que sea ninguno de los tordos conocidos. Asociando el hombre el caballo á sus necesidades, sin duda perfeccionó sus formas; y en efecto, el Tarpan por ningun estilo podría compararse con los de raza árabe, así como el caballo de los Pampas que dome el gaucho no se parece nada á estos mismos árabes, á los berberiscos ni andaluzes que Pizarro y Cortés llevaban á aquellas regiones. ¿Y podrá creerse que el caballo semi-salvaje de las landas de Burdeos es originario del hermoso caballo Navarino?

Por último, entre el de la Camarga y el Oriental, á cuya raza debe su origen, no hay ni la menor semejanza.

Penetrando en la noche de los tiempos parece que desde la mas remota antigüedad se domesticó entre los árabes el caballo, mas solo en el tercer libro de los reyes consagra la Biblia algunas líneas para hacer mencion de los caballos-padres, que Salomon hizo reunir á toda costa, sin que se encuentren citados por el Génesis otros animales de la raza caballar mas que el asno y la pollina. Domesticaron y montaron al caballo en Asia los Escitas y los Arabes; en Africa los Numidas; en tiempo de Syro era ya conocido un género especial de caballería, y segun dice Homero la primera yeguada perteneció á Erictonio en la Troadia y al poderoso monarca de

Príamo. Salomon tenia tambien una yeguada de las mas considerables que se hayan podido conocer en tiempo alguno: en ella mantenía 40,000 caballos para el servicio de 1,400 carros militares, y 12,000 para su caballería; de cuya yeguada traen su origen los magníficos Kocklanes. En esta misma época, los griegos, ocupándose enteramente en la organizacion de su caballería, se dedicaban con frecuencia á su sistema de carros militares, si bien esta pasion entre ellos fué disminuyéndose con el tiempo, viniendo á refundirse toda en los corridas de carros de los juegos olímpicos: uno de sus mas grandes capitanes fué, sin embargo, el primero que puso los cimientos para la organizacion regular de la caballería. Epaminondas, formando un cuerpo regular de esta arma con la fuerza de 5,000 caballos, inventó su estrategia, y á ella fueron debidos sin duda alguna los laureles recogidos en las gloriosas jornadas de Mentinea y de Leuctres. Alejandro el Grande desenvolvió despues en Macedonia la estrategia de Epaminondas, organizando una caballería formidable para hacer la conquista de Asia.

Desde la infancia tuvo Alejandro pasion por los caballos; á los diez y seis años dominaba ya el famoso Bucéfalo que Filipo habia comprado á Filonia por la enorme cantidad de diez y seis talentos (228,000 reales de vellón). Este hermoso animal llegó á ser con el tiempo el caballo de campaña de Alejandro; pero murió desgraciadamente al verificar al paso del Hidaspe en cuya ocasion aun moribundo quiso dar á su amo como fiel servidor la última prueba de inteligencia y de lealtad. Acribillado ya todo el Bucéfalo de heridas y próximo á espirar por tanta sangre como habia perdido se dejó caer muy poco á poco, á fin de que las piernas de Alejandro no padecieran nada con el golpe. Esa pasion que Alejandro tenia á los caballos habia sido fomentada tambien por el grande Aristóteles, á cuyo cuidado estuvo la educacion del ilustre guerrero durante los primeros años de su vida.

Por otra parte las yeguas se iban multiplicando y ya por este tiempo eran conocidas entre los árabes, los troyanos, los judios, los egipcios y los persas; muchos generales de Alejandro las establecieron por su propia cuenta, siendo entre ellas digna de una mencion especial la de Apamea, fundada por los Seleucidas en la Siria, la cual tenia treinta mil yeguas y trescientos caballos padres.

Destinado hasta entonces el caballo, ora á la silla, ora al tiro de carruajes no habia en tan remotos tiempos quien se acordase de la agricultura, aprovechándose de la poderosa cooperacion que semejante animal puede prestar en las labores del campo, para las cuales unicamente se servian del buey objeto de adoracion en Egipto bajo el nombre de Apis. Tampoco se conoció en aquella época la silla y los estribos; un bocado de madera y la piel de un animal salvaje formaban todo el equipo de un caballo, y hasta que los setecientos mil Hunos se precipitaron sobre el mediodía de Europa tras las huellas de Atila, no aprendieron los romanos el uso de la silla, que segun parece desde la mas remota antigüedad era conocida por los bárbaros del Norte. A consecuencia de esta invasion fueron insensiblemente desapareciendo las carreteras Tirias y Romanas por falta del cuidado que para conservarse exigen tales obras, y fué al mismo tiempo haciéndose mas difícil cada dia el uso de los carruajes: llegóse al fin á abandonarlas del todo: y desde entonces ya no se atendió mas que á la caballería, cuya marcha y táctica mejoradas progresivamente vamos á describir en pocas palabras.

Toda la táctica de la caballería de Syro y del Egipto estaba reducida á dar cargas en dispersion, cayendo sobre el enemigo rompiendo sus filas, hostigándole y persiguiéndole en la derrota. Epaminondas, si bien conservó la misma estrategia, ejecutaba las operaciones empleando medios mas racionales: su caballería no cargaba sobre el enemigo sino en masas compactas y cerradas, con ginetes bien disciplinados y caballos diestros y escogidos. Por el contrario, Alejandro colocaba su caballería en forma de triángulo formando en la punta de ataque de la misma un solo hombre, y desenvolviéndose mas ó menos en las diferentes cargas las líneas diagonales de este triángulo. Aunque esta estrategia paralizaba con frecuencia los esfuerzos de los ginetes del centro, obtenia siempre la caballería de Macedonia ventajas de poca monta sobre los disformes cuadros de la de Dario. Los Céleres, organizados por Rómulo, y que mas tarde se llamaron caballeros, se batian en pelotones de ocho hombres de frente y otros ocho de fondo: ocupaban las alas de la infantería, y á veces se colocaban delante muchos pelotones sobre el frente, comenzando entonces el ataque por cargas, cuya accion se veia paralizada á cada momento por la intercalacion de la infantería ligera entre estos grupos de caballos. La caballería romana no se componia en aquella época sino de caballos pesados y vigorosos. Anibal invento una nueva táctica; su caballería cargaba en líneas, cuyas alas con una masa numerosa de caballos se desplegaban á derecha é izquierda para envolver y cercar al enemigo. La innumerable caballería de Atila no seguía por decirlo así una disciplina ó táctica fija: toda su estrategia consistia en cargas individuales ó en masa; cada combatiente no trataba mas que de entrar en lid con el enemigo, y sus caballos formaban una verdadera mezcla desordenada y confusa de alzadas y condiciones. Los Moros y Musulmanes no debieron los laureles cogidos en la invasion de España y de las Galias, sino á la velocidad de sus escelentes caballos: hallábase distribuida su caballería en escuadrones de caballos escogidos é incansables, los cuales acometian con tal denuedo que solo la pesada infantería de los Francos de la Australia, mandados por Carlos Martell, pudo contenerlos y derrotarlos en el año de 732.

Grandes y completas fueron las alteraciones que la edad media vino á producir tanto en las maniobras del arma de caballería como en el mejoramiento de la raza caballar: la institucion de la caballería en los siglos medios, en tales términos, hacia necesario para el hombre el caballo que ya la caballería no podía componerse mas que de caballos escogidos, fuertes, vigorosos y educados con la mayor perfeccion. La táctica que por aquel tiempo estaba en voga, unicamente consistia en cargas cerradas en masa y sobre varias líneas, compuestas de muchas filas de caballos y ginetes, todos entraban en accion cubiertas de armaduras. Francisco I modificó algun tanto esta táctica; su caballería daba cargas en línea, pero sobre una sola fila. En medio de esto, la invencion de la pólvora hizo revivir la estimacion en favor de la infantería, influyendo necesariamente en las alteraciones que

por dicha razon hubo de experimentar la táctica de caballería; así es que Carlos V imaginó una nueva estrategia, su caballería pesada flamenca y alemana atacaba en líneas sobre ocho ó diez filas de fondo, y después de haber hecho fuego los ginetes de la primera fila se replegaban á retaguardia del escudron, ejecutando iguales maniobras la segunda fila, y sucesivamente todas las demas. Esta nueva táctica, que decidió en gran parte las victorias conseguidas en Pavía y San Quintin, fué adoptada muy en breve por la Europa entera. A pesar de eso Luis XIV, que tenia cada dia mayor necesidad de su caballería, mandó estudiar y meditar escrupulosamente esta táctica, y poco á poco llegó la Francia hasta el punto de abandonarla para no atacar mas al enemigo sino en línea sobre tres filas de fondo. Entonces quedaron definitivamente abolidas las armaduras defensivas, librando á los caballos todo lo posible de esta carga embarazosa y supérflua; y se distribuyó ademas la caballería en ligera y pesada. Un poco mas tarde empezó á seguirse el sistema de no dar las cargas sino sobre dos filas de fondo, táctica que prevaleció en lo sucesivo y que forma en la actualidad la base del sistema adoptado generalmente en toda Europa. Pero si Epaminondas habia sido el fundador de los primeros cuerpos de caballería regular, al Gran Federico de Prusia estaba reservado elevar esta arma al mas alto grado de perfeccion posible. Ocupóse primero en elegir con la mayor escrupulosidad los caballos, y en seguida trató de hacer que se educasen con todo esmero, estableciendo á la par una disciplina severísima para todos cuantos entrasen en esta arma. Hasta ahora no ha habido nunca una caballería que haya podido rivalizar con la prusiana, aunque otras naciones hayan tratado de conseguirlo, pues lo mas que han hecho ha sido imitarla con mas ó menos fidelidad. Tambien inventó el Gran Federico la artillería volante, que tanto contribuyó á los triunfos conseguidos en Striegan, Praga, etc.

Si descendemos á averiguar la época en que fué destinado el caballo á las labores del campo y al tiro de carruages en general, hallamos que hasta después de las cruzadas no se le empleó en tan penosas tareas; siendo Luis XI el primero que dispuso que fuese destinado á la conduccion de la correspondencia.

Una vez terminada del modo rápido que nos ha sido dado hacer hasta este punto la reseña histórica del caballo doméstico, no debe dudarse que las varias alteraciones acaecidas en la táctica de caballería, los diferentes usos á que el caballo estuvo sujeto ya en la conduccion de carros militares, ya en el tiro de los rápidos y ligeros carros en los juegos olímpicos, ora en el arado y en los pesados carruages destinados al transporte de efectos comerciales, ora en fin en las expediciones veloces de correos, no debe dudarse, repito, que estos innumerables y diversos trabajos dieron gran desarrollo á la fuerza muscular del caballo doméstico, modificando todos sus movimientos y hasta cambiando su configuracion exterior primitiva. Un alimento mas abundante y de mejor calidad, los esmerados y entendidos cuidados en la eleccion de los animales reproductores, todo esto forzosamente ha debido aumentar su alzada: así es que el caballo salvaje, que en la creacion del mundo era único en su especie, ha sufrido tantas y tan radicales mudanzas, que á pesar de hallarse reproducido en todas partes ese mismo caballo primitivo, sus centenas de razas son tan distintas entre sí y tan poco semejantes unas á otras, que no parece posible sean todas del mismo origen. Y en realidad, ¿no cuesta algun trabajo comprender que los pequeños caballos corsos, suecos é islandeses y el enorme caballo de los cervceros de Lóndres sean todos descendientes del caballo conservado en el arca, y que dió origen tambien al magnífico Kocklan?—Esto sin embargo se explica perfectamente por el poder que Dios ha legado al hombre de modificar, perfeccionar ó adulterar sus creaciones: el Supremo Hacedor llenó la tierra de gérmenes útiles y fecundos en todas las clases; pero á nosotros nos dejó el cuidado de hacerlos prosperar ó de esterilizarlos, valiéndonos de nuestra inteligencia, de nuestras fuerzas físicas y de nuestros afanes. Así es como el árabe escogiendo con admirable sagacidad las yeguas y caballos mas propios para la reproduccion, prestando luego asidua diligencia á la crianza y conservacion del potrero, ha llegado á formar su hermoso y magnífico corcel. Pero sin ir tan lejos: ¿no es debido á los mismos medios el que los ingleses hayan aclimatado en su pais esos caballos tan raros, notables unos por la velocidad de su carrera, y otros fuertes y colosales no menos útiles para soportar largas y penosas tareas? El árabe ha conseguido estas mejoras, valiéndose del emparejamiento por consanguinidad, y el inglés por el cruzamiento de castas estrañas. He aquí dos modelos que la historia presenta como mas dignos de ser imitados; el uno prueba la infalibilidad de su sistema por treinta siglos de buenos resultados, el otro con los de las dos últimas centurias; ya tenemos, pues, una garantía de sus buenos efectos; adoptese cualquiera de los dos, por consiguiente sin recelo y con perseverancia, y así se llegará fácilmente á restablecer las razas cabalares españolas, sacándolas del estado de decadencia á que han venido.

EL CONDE CARLOS DE RAMSAULT,
agricultor.

REVISTA DE MADRID.

El carnaval ha pasado alegre, festivo, animado; los bailes y las fiestas han sido innumerables; y mas innumerables las máscaras que inundaban las calles, las plazas, los paseos. —En medio de todo se ha mantenido inalterable la tranquilidad, y era tal la confianza pública que nadie se alarmó al ver el aparato de fuerza desplegado la tarde del martes, por motivos que ni están á nuestro alcance, ni son de nuestro dominio. —Citaremos un rasgo bastante expresivo de esa confianza general.

Dos hombres del pueblo atravesaban el salon del Prado á tiempo que aparecia á lo lejos una numerosa patrulla de caballería.

—¡Bonita comparsa! dijo el uno con admirable buena fé señalando á los soldados.

—¡Si creo que es tropa de veras! repuso el otro.

—¡Calla, bobo; añadió el primero; ¿para qué habia de venir aquí tropa? Mira, han tenido calor, y se han quitado las caretas.

Un sol magnífico, una temperatura suave y apacible, que ha hecho brotar las primeras violetas en los jardines, ha favorecido las carnestolendas. —Este año ha sido moda disfrazarse los leones y los pollos; así en Atocha solo los viejos y los que se glorian de no perder nunca su gravedad, vestian sus trages ordinarios. Una turba inmensa de máscaras embromaba á los de á pié y á los de los coches; se subia en los pescantes y en los estribos de estos, ó asaltaba los asientos vacantes, mientras otros daban á las señoras dulces y versos, mas ó menos poéticos, y les lanzaban flores y anises á las carretelas. —Seguramente que ni el carnaval de Roma es mas brillante ni mas bullicioso.

La mayor parte de los hombres habia adoptado los arcos femeniles; un jóven escritor, de tan corta estatura como elevado talento, ostentaba un soberbio traje de bolera, que la Vargas misma habia acomodado sobre su flexible tallo; un ayudante de campo de un general muy conocido, elegantemente vestido de amazona, trotaba sobre el mismo corcel en que los otros dias se gallardea; un corregidor de cierta lejana capital afectaba con suma gracia los ademanes de una vieja aristocrática y dengosa; por último, los que llama la gente los pollos ilustres habian formado una numerosa comparsa, con túnicas blancas y enormes caperuzos, en la que figuraban no solo varios grandes de España y títulos de Castilla, sino casi toda la juventud del cuerpo diplomático extranjero.

Inútil es decir si las bromas serian picantes, sin dejar de ser decorosas; si la chismografía escasearia; y, en fin, si el júbilo y la algazara se prolongarian todo lo posible.

Algunas caricaturas tan oportunas como graciosas hacian asomar la risa á todos los labios; el primer lugar es debido de justicia á la que parodiaba la malhadada representacion del *Hernani* en el Circo últimamente; otra se elevaba al terreno de la política;—un inglés petulante y orgulloso,—en quienes muchos creian reconocer al lord Palmerston—oprimia con su férreo brazo á una jóven griega lindísima, mientras un cosaco y un guardia nacional francés le azotaban el uno con el *Knout*, el otro con unas inmensas disciplinas.

Por la noche, la alegría y el buen humor de las calles se trasladaban á los salones. —El baile que dió el sábado M. Daniel Weisweiler, fué digno de los que se han verificado otros años en la mansion suntuosa del opulento representante de ese rey del mundo que se llama Rothschild. —La concurrencia era tan considerable que en las primeras horas apenas se podia bailar. Allí estaban todas las aristocracias: la de la cuna; la de la política; la del saber; la del dinero; sin embargo, la que recibia mas homenajes, y la que tenia mas representantes, era la de la hermosura. ¡Y luego dirán algunos calumniadores que nuestro siglo no es desinteresado!

El domingo se cantó por sexta vez *La Straniera* en el teatro de Palacio. —S. M. la reina, que á consecuencia del estado en que se halla se recoge ahora temprano, mandó citar para las ocho y media, y á las nueve en punto se presentó en la lindísima sala de su coliseo; así, la ópera se acabó á las doce, permitiendo á los convidados trasladarse desde el régio alcázar á los salones de la Condesa del Montijo, tan brillantes y poblados como siempre, y en los que se polcó hasta las cuatro de la mañana. —El lunes fueron el baile del señor marqués de Miraflores, y el de máscaras de la señora de Page; estos dos saraos de tan diversa índole—el uno de ceremonia, el otro de confianza; el primero de sociedad, el segundo de carreta—ofrecieron no obstante iguales placeres á cuantos asistieron á ellos.

Por último, el martes celebró el señor duque de Medina de las Torres con una amena y lucida reunion el santo de su jóven é interesante esposa. Esta fiesta, á la que concurría un corto número de personas, ha sido—sin duda alguna por esto mismo—una de las mas agradables del invierno. Ahora la moda exige que la gente se apiñe y se sofoque en pequeños recintos; que los trajes mas ricos se ajen y se rompan á la media hora; que las camelias y los claveles de los ramilletes se marchiten bajo aquella atmósfera de fuego; en fin, que todo el mundo exclame:

—Esto está magnífico!... pero es insoportable!

De otro modo se dice que un baile está frio y triste. Sin embargo de carecer de tales defectos, y realmente por haberlos evitado, estuvo el del señor duque de Medina tan animado como divertido; nunca se ha bailado mas ni mejor en ninguna parte; allí nadie descansaba un minuto; á la polka sucedia el wals, y al wals la redowa, y á esta la polka mazourka con sus caprichosas y fantásticas vueltas. —Pero seamos justos; lo que mas contribuia á la animacion de todos, era la manera verdaderamente franca, espresiva y cordial con que los dueños de la casa hacian los honores; siendo sorprendente ver en la linda duquesa,—quien solo cuenta tres lustros,—el aplomo, la dignidad y la gracia que únicamente se adquieren con la experiencia y los años.

A pesar de la temible competencia que los bailes particulares hacian á los públicos, estos han estado muy favorecidos los dias de carnaval; en el del Liceo hubo el martes mas de dos mil personas, entre las cuales figuraban infinitas damas de la alta sociedad, que devolvian por la noche las bromas que habian recibido en Atocha por la tarde. —Del bolsillo de una de ellas, ha pocos dias casada, cayóse el borrador de una curiosa epístola, que uno de nuestros amigos encontró, que él nos ha facilitado, y que nosotros damos á luz, porque realmente lo merece por el ingenio y la travesura que descubre. —Falta saber si será tan del gusto del marido como del nuestro, el estilo tauromáquico en que su consorte se muestra tan ejercitada. —Dice así:

Madrid 12 de febrero de 1850.

«Querida mía: al fin salgo á la plaza después de tanto tiempo de silencio; pero no lo debes estrañar, porque he estado padeciendo de resultas del costalon que di desde el burro en la última corrida ó paseo en que estuvimos juntas en ese pueblo; ademas de muchos lances, unos de suerte y otros de inteligencia, que me han pasado después, los cuales son para hablados y no para escritos, como decimos nosotros. No espero verte pronto, pues por ahora estoy enchiquerada con la enfermedad de mamá desde que salí del descanso en que tan bien me hallaba contigo. Entre tanto te participo que el viudo entró á la pica y me casé con él el martes; yo he tenido fortuna, porque al fin salí de erales para coger á un vicho grande, que aunque ya placeado no tiene malicia, y será muy fá-

cil para mí domiharlo. Tú no conoces á ninguno de los otros, y lo mejor será que te esplique la historia, con sus nombres, que fué la siguiente:

»1.º Pelechon, tontuelo claro: tomó ocho cartas de mi mano, matando un peso en flores del primer entusiasmo. Recibió tres pares de banderillas en plantones; y lo mató mi mamá de una Luena preguntándole.

»2.º Peine, marrajo-osuro: con intencion; tomó varios puyazos con flema; no aguantó banderillas, y lo acabé con un desengaño á volapié.

»3.º Garboso, colorado-robusto: tomó esperanzas por regalos, hiriéndome la voluntad á los primeros dulces: sufrió dos pares de banderillas de mi tia, y lo rematé de dos desaires.

»4.º Colegial, vivaracho exigente: llevó tres frescas sin cortarse, hiriéndome en la última con su respuesta; despidió algunas banderillas, y lo despachó papá con tres muy bajas espantándole.

»5.º Militar, boyante, bravo: sufrió seis quejas con valentía: llevó banderillas de celos, y lo mató un rival á la primera vuelta recibiendo.

»6.º Viudo, bondadoso, derecho: tomó dos preguntas de mamá; llevó tres indirectas de mi tia, y lo rematé de una buena... casándome.

»Así ha concluido mi temporada de soltera: consérvate en valla hasta que venga uno derecho y sin malicia, y serás tan dichosa como lo es hoy tu amiga—C...»

A propósito de bodas, la *Gaceta de los Diarios*, con su ligereza de costumbre, ha anunciado ya como realizada la de la señorita de Arana con el señor marqués de Ayerbe, que no debe efectuarse hasta el mes próximo, y dado por hechas otras dos ó tres. —Parece que en esto último hay exageracion, aunque ahora se habla lo menos de doce casamientos, cual corolario natural de las fiestas y de los bailes. —Entre ellos se cita el de una de las dos bellas señoritas de C... con un caballero de Galicia, el señor O...

Si tales rumores fuesen exactos, todavía podria aumentarse el número con esa posdata del carnaval, llamada la Piñata, verdadera conquista hecha á la austera cuaresma recientemente. —La señora condesa del Montijo dará con este motivo un baile de trajes el domingo, y en el Liceo y en los Orientales se verificarán tambien los últimos de máscaras aquella noche, ofreciendo á la multitud el aliciente de magníficas rifas de alhajas, y de dinero.

Después los ayunos, los sermones, y las novenas serán los únicos placeres de esta sociedad madrileña que tanto ha gozado, —que tanto ha pecado—en el alegre carnaval de 1850.

RAMON DE NAVARRETE.

El ganso legislador.

Si el peregrino, el sábio ó comerciante
Eran en otros dias los viajeros,
La moda dominante

Es que viajen los gansos los primeros.

De esta moda siguiendo la bandera,

Intrépido, del vuelo en fuerte arranque,

Un ganso á la alta esfera

Se lanza y abandona el patrio estanque.

Jóven, y las costumbres ignorando

Que regian de antiguo el natal suelo,

Aspiraba á su mando,

Y ser legislador era su anhelo.

Aunque falto de luces y esperiencia,

Fiaba en su talento y las lecciones

De la sublime ciencia

Que infunde ver por alto mil naciones.

Entre todas elige por modelo

El pueblo que, jactándose orgulloso

De elevarse hasta el cielo,

Se juzga en gobernar maravilloso;

Y sube á donde el águila atrevida

Mira á sus pies la nube y la tormenta,

Y allí enorgullecida,

Dá leyes á las aves que regenta.

Su larga cola, y dedos no enlazados

Por ninguna membrana, atento mira;

Y los giros variados

De su volar y su poder admira.

Vuelto á su patria, entregan al momento

El gobierno á aquel ganso tan profundo

En saber y talento,

Propio sin duda á gobernar el mundo.

Es su primer decreto que la cola

Del águila se use; y asegura,

Que tal medida sola

Formará nueva era de ventura.

En valde un ganso pensador decia;

Si cola fuerte y corta, acomodada

Cual timon, convendria,

Perjudica la estensa y delicada.

Ni la prudente observacion escucha,

Ni á nadie atiende el orgulloso ganso:

Contra la opinion lucha,

Y audáz leyes publica sin descanso.

Manda se corten todos la membrana

Que de sus anchos pies los dedos liga;

Y de órden soberana

A marchar á su moda les obliga.

A ejecutar la turba tal decreto

Y á pelarse los dedos se acomoda,

Quedando en esqueleto

Los del ciego entusiasta por la moda.

Mas intentan vogar; su afan es vano:

El remo falta que á vogar servia.

Así el decreto insano

Destruyó la obediente ganseria.

Y al hundirle por siempre en el abismo,

Maldiciones lanzaban sin provecho

Al necio estrañerismo.

Era ya tarde, el mal estaba hecho.

Gansos, por nuestro mal, legisladores,

Si quereis importar leyes ajenas,

Del fuero del pais conocedores,

Modificadlas y aplicadlas buenas:

Djad de ser menguados traductores.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

LA BOLA INCREIBLE.

SORPRENDENTE HISTORIA DEL HEREDERO DEL CÉLEBRE MR. CRIPHTHOGAME, AVENTURAS MARAVILLOSAS, COLECCION DE EMBUSTES Y ENREDOS, MENTIRAS, CUENTOS Y TRAFISONDAS.



Vencido por los esterminadores del reino ratonil, Cripthogame cree hallar su salvacion descolgándose por la primera chimenea que encuentra, que es la de una tahona, y cae en el horno, de donde lo sacan en el estado mas lastimoso.



Por consiguiente, para atajar el incendio, hacen tomar á Cripthogame un baño general de agua y harina que acaba de completar la catástrofe.



Al cabo de algunos dias recibe aviso de Paris de que le mandan el negrito.—Cripthogame vá á la Aduana para sacarle. Por lo pronto paga un real por entrar en el edificio, otro por preguntar, otro porque le contesten, otro por destapar la caja, otro por clavarla y otro por la amabilidad de los mozos.



Mientras tanto el negrito salta de la caja y se esconde en el gaban de Cripthogame.—Llega el vista y no vé nada dentro de la caja; por lo cual la dá de comiso.



De vuelta á su casa, Cripthogame recibe un billete de la Viento Empopa; Cripthogame se traslada al palacio de la princesa, á caballo en su negrito.



Apenas entra en el gabinete de la princesa, la propone un rapto y una fuga á la California.—Idea tan halagüeña escita sobre manera el sistema nervioso de la princesa, que pone á Cripthogame en un conflicto.



La convulsion se desarrolla: la cama se rompe, el suelo se hunde y con él, la Princesa, su doncella, los perros, Cripthogame y su negrito.—Caen al piso bajo que es almacen de comestibles, el piso cede, y todos van á sepultarse en las tinajas de aceite que hay en el sótano.



De donde á favor de las fuerzas colosales del negrito sale Cripthogame asido al cañon de la pipa de su esclavo, mientras que los lacayos de la princesa, con antorchas de Figon, corren en su socorro.



Aburrido Griphogame con tanto percance, abandona la capital y en burros de posta se dirige á Toledo.



Los innumerables habitantes de la imperial ciudad que halla Cripthogame desde media legua antes de llegar á ella, le hacen creer que hay procesion, por lo cual echa pié á tierra y se descubre respetuosamente.



Llega á una posada, pide la comida, le sirven la sopa y sigue la procesion.



Al dia siguiente recibe Cripthogame tres cartas de sus tres conquistas de Madrid: las tres saben su fuga, las tres le llaman perjuro y le maldicen.



Lleno el corazon de amargura y siéndole la vida odiosa, Cripthogame resuelve ir á un campo santo á buscar un nicho donde lo entierren.



La casualidad guia sus pasos al cementerio de los canónigos. ¡Pero cuál es su admiracion al ver que allí no se entierran sino á dichos señores, á varias señoras!!... El negrito dice que en su tierra estaria eso muy mal visto.



En las altas horas de la noche se decide por el suicidio: titubea entre los fósforos y asfisiarse y por último opta por la degollacion.



Despues de consumado el crimen, Cripthogame se arrepiente de lo que ha hecho.



Por fin á los ayes de Cripthogame acude el negrito, que como nada ignora, sabe que en Toledo hay un barranco allende del Tajo, que se llama de la Degollada, donde á cierta jóven le pegaron la cabeza despues de habérsela cortado. Por lo tanto coje la de su amo debajo del brazo y ambos se dirigen al sitio de los milagros.



Verificado el inaudito portento de la restauracion de la cabeza, Cripthogame ébrio de reconocimiento y entusiasmo abraza paternalmente á su negrito.

Despues de escena tan tierna se despiertan de nuevo en Cripthogame los deseos de aventuras mas notables, y provisto de lo necesario se dirige á la cueva de Hércules.



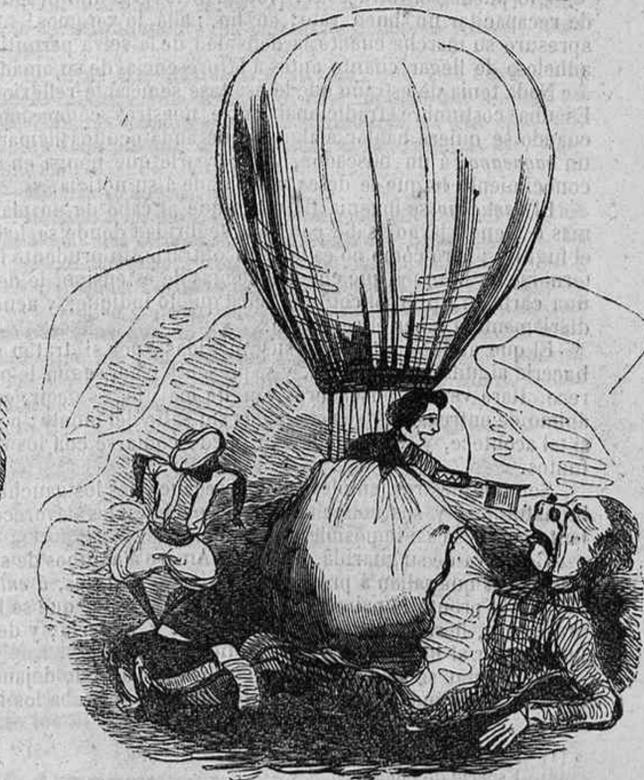
Donde á unos pasos de la entrada y despues de inmensos sobresaltos, una serpiente desconocida se apodera tenazmente de la pierna derecha de Cripthogame.



Cripthogame recobra su valor; saca su pierna ilesa de la boca del monstruo y cogiéndole se le traga á su vez sin dejar mas que un poquito de la cola.



Acto continuo se vé acometido de un cólico horroroso; su vientre empieza á dilatarse espantosamente y el negrito cree ya seguro el fin trágico de su amo querido.



Los dolores de Cripthogame toman un incremento tan desmesurado como su vientre: la esplosion estalla: Cripthogame cae á tierra, y del centro del estómago vé salir á su célebre compatriota y arconauta Mr. Arban cuyo paradero se ignora hasta este dia, por mas que digan los que le suponen en Egipto. (Concluirá.)

CARAMURU.

X.

Vértigo.

El rey del día brillaba en medio del cenit, lanzando á plomo sus ardientes rayos, no se movian las hojas de los árboles, ni murmuraba el césped, ni gorgearan los pajarillos, ni el zéfiro mas leve rizaba las tranquilas aguas de los dormidos arroyuelos.

Los rebañes tendidos sobre la yerba parecían aguardar á que pasasen aquellas horas de abrumante calor; solo interrumpia el magestuoso silencio de vez en cuando el aspero zumbido del mangangá (1), el rechinante y monotonó canto de las chicharras, el volido de una perdiz, el mugido de un toro acosado por las picaduras de los tábanos, el silvido de una serpiente, el grito de las viscachas (2) ó el relincho de alguna yegua salvaje que cruzaba á escape por las empinadas lomas, perseguida por ocho ó diez potros, tendida al viento la crin, encendidos los ojos, las narices humentes, bañada en sudor, cubierta la boca de blanquísima espuma, despidiendo coces y dentelladas á los que osaban acercarse á ella y detenerla, clavándole los dientes en las ancas ó en el cuello ensangrentado...

Las inculcas florecillas se inclinaban languidamente sobre su tallo ó se adherían á la seca tierra; los arbustos encojian sus hojas, mustias y cubiertas por una capa de finísimo polvo; y los cardales doblando sus floridos penachos los escondían entre el follage, cual si temieran que el sol marchitara sus brillantes colores.

Anchas nubes de peregrina forma esmaltadas de oro y plata, ora agrupadas é inmóviles en el confin del horizon e, ora dispersas y resbalando perezosamente por la azulada esfera, se detenían ondeando como láminas de metal en la cumbre de los montes. Diríase que eran monstruos aéreos, cuyas ardientes bocas, al arrojar su aliento de fuego, producían la atmósfera tibia y recargada de electricidad que se respiraba á la sazón.

Y aunque la brisa no agitaba sus alas, aunque no se movía ni una hoja siquiera, venían por momentos ráfagas impregnadas de los mas suaves perfumes. Emanación purísima de las selvas vírgenes del nuevo mundo, en la que se confundía el aroma de las rosas, violetas y claveles, con la esencia de los nardos, jazmines y diamelas, mezcladas con el ambiente de mil gomas y resinas olorosas, de mil plantas aromáticas, de mil arbustos y vegetales cuya esquisita fragancia embriagaba los sentidos y estasiaba el alma...

Muelle abandono, lánguido y dulcísimo desmayo se infiltraba en las venas del viajero que recorre en tal estacion y á tales horas aquellas risueñas campiñas, donde Dios estampó su planta para volar al cielo, despues de formado el mundo.

Sujeto, pues, á la fatal influencia de tantas causas, que conspiraban de consuno á evocar los recuerdos mas gratos de su vida, Amaro volvía á entrar en los bosques del Uruguay, despues de una semana de ausencia, pensando en Lia, pensando en el tesoro de gracias y de amor que encerraba aquel ángel en sus trece primaveras.

Engolfado en tan agradables pensamientos, se internó en la selva: la algarabía de una bandada de papagayos oculta entre el frondoso ramaje de un narangero, le despertó de su meditacion.

Al fijar la vista en el árbol, notó por casualidad, una doble cruz hecha recientemente en su tronco, señal infalible de que allí se escondía algun secreto que le convenia aclarar.

Acercó su caballo, separó las ramas, y en efecto halló entre ellas una carta clavada en una de las puas de que estan cubiertos dichos árboles.

La carta no tenía sobre, pero iba dirigida á él, y en términos misteriosos que no comprenderia nadie, á menos de estar iniciado en las costumbres y usos de los gauchos, se le citaba para ese mismo día y en el mismo parage á las cuatro de la tarde.

Acostumbrado á recibir frecuentemente tales misivas, ninguna sorpresa causó á nuestro protagonista la presente, aunque no dejó de inquietarle en las actuales circunstancias, pues sospechó con razon que seria algun mensaje de los parientes de Lia.

—No puede ser otra cosa, ¡voto á brios! se dijo despues de recapacitar un buen rato; en fin, ¡allá lo veremos!... y apresuró su marcha cuanto la densidad de la selva permitía, anhelo de llegar cuanto antes á la presencia de su amada.

Nada tenía de extraño que le asaltase semejante reflexion. Es una costumbre tradicional entre nuestros campesinos, cuando se quiere hablar á alguno que anda oculto, llamar á un vaqueano, á un buscador, y encargarle que ponga en su conocimiento lo que se desea que llegue á su noticia.

El vaqueano se ingenia de modo que al cabo de un plazo mas ó menos largo, sabe con toda seguridad donde se halla el fugitivo; pero como no es fácil encontrarle, ni prudente internarse en bosques que cuentan leguas de estension, le deja una carta en un árbol con una señal que lo indique, y acude diariamente á saber el resultado.

El que anda oculto toma sus medidas, por si tratan de hacerle alguna mala partida, y se presenta ó no, segun le parece. Rara vez los buscadores van de mala fé, es decir, con ánimo de entregarle á sus enemigos sin salir del monte; pero si tal acontece, y se descuida, ya puede contarse con los difuntos.

Son tan diestros, emplean tales precauciones los gauchos, la naturaleza y sus conocimientos especiales les favorecen tanto que es casi imposible sorprenderlos.

Cerca ya de su guarida, encontró Amaro á algunos de sus montoneros que salían á proveerse de víveres, esto es, á entazar por lo pronto la primera vaca alzada (3) ó no, que se les presentase, llevarla al pié de una cuchilla y matarla; y despues arrear al bosque las que se pudieran.

El gaucho se alegró de esta circunstancia. Asi, dejando el caballo, y yéndose á pié hasta los ranchos, evitaba los la-

dridos de los perros, y podria sorprender agradablemente á Lia como deseaba.

Sus cálculos le salieron exactos; llegó y entró en su rancho sin ser sentido. Lia estaba acostada en la hamaca.

Dormía la encantadora jóven con la calma de la virtud y el abandono de la inocencia. El desabillé de muselina con que estaba vestida, se le habia desabrochado y dejaba ver, sobre la graciosa tabla de su pecho de marfil, medio ocultas entre los encajes de su camisa de batista, dos ligeras ondulaciones, nacaradas y tersas como dos manzadas de bruñido jaspe: uno de sus piés, cruzado sobre el otro, asomaba por la revuelta falda hasta mas arriba del tobillo; pié tan mono, tan bien hecho, tan bien ajustado en su elegante botín de seda, que era muy difícil, por no decir imposible, detener la imaginacion donde el vestido detenia á los ojos, á la mitad de la media...

Favorecidas por aquella postura voluptuosa, sus acabadas formas que envidiaría una georgiana, destacábanse en la curva de su flotante lecho. La mente adivinaba sin trabajo la artística perfeccion de sus encantos.

¡Oh! era imposible contemplarla y no sentir en el acto hervir la sangre en las hinchadas venas, agolparse con violencia al corazon, del corazon saltar á la cabeza, de la cabeza refluir otra vez al corazon, y derramarse en seguida por todo el cuerpo como gotas de bronce derretido.

Tal fué el sentimiento galvánico que sintió Amaro al acercarse á la hamaca; al verla con la cabeza inclinada á un lado, apoyada la megilla en una mano, los negros bucles de su rizada cabellera esparcidos en desorden sobre sus blancas espaldas; sonriente, pudorosa, tímida, inundado el rostro de inefable gozo y bañado por ese ligero tinte de rosa con que los espíritus vitales del sueño colorean el semblante de los niños y de las hermosas.

Tal fué la impresion fulmínea que sintió, al ver que entreabria sus rosados labios, y llamándole por su nombre, le tendía los brazos con amorosa inquietud.

Lia soñaba, y soñaba con Amaro, con el ídolo de su alma. Inclínose éste para recoger los sonidos confusos é incoherentes que se escapaban de su boca, y pudo percibir entre otras frases sin conexion ni enlace, las siguientes:

—¡Ven!... ¡ven!... ¡Te adoro, ingrato!... ¡Soy tuya!... ¡toda tuya!... ¡Sí!... ¡ah, no!... ¡sí!... ¿No me olvidarás?... ¿nunca, nunca?...

Amaro, sin advertirlo, se habia aproximado tanto á ella que la respiracion de ambos se confundía: la bella sonámbula hizo un movimiento para variar de posicion y sus labios rozaron suavemente los labios de su amante.

El caminante que próximo á sucumbir en los arenales de la Arabia, devorado por la sed, encuentra una fuente donde apacarla, no se precipita á ella con mas ansia que el gaucho á la boca de la jóven.

Lia despertó... y fuese efecto del sueño amoroso que todavía la dominaba, ó de su inocencia que no la permitía sondear la profundidad del abismo que se abría á sus plantas, ora de su vehemente pasion, ya del gozo de volver á verle, ó bien de la incontrarrestable fascinacion que él ejercía en sus sentidos y en su alma, ó lo que parece mas natural, de todas estas causas reunidas, Lia, la pura y candorosa niña, en vez de rechazarle, se incorporó en la hamaca, le atrajo cariñosamente á sí, y rodeó su cuello con sus desnudos brazos.

A la dulce presion de su cuerpo, al suave contacto de sus mejillas, Amaro cerró los ojos, próximo á desfallecer bajo el peso de su dicha. Zumbáronle los oídos, dilatáronse las arterias de su frente latiendo aceleradas, como las cuerdas del harpa en el momento que estallan no pudiendo resistir las violentas pulsaciones del rápido tañedor: vacilaron sus rodillas y poco faltó para que perudiese el conocimiento.

Pero aquella primera emocion, demasiado intensa para que durase mucho, pasó como un relámpago. Sus ojos se abrieron y la luz volvió á iluminar su avara pupila; sus oídos tornaron á escuchar el tiernísimo acento de su amada; líbricas y voluptuosas imágenes brotaron en su cerebro abrasado; sus músculos y sus nervios adquirieron doble rigidez, doble vigor del que tenían en su estado natural.

Un minuto mas y la aureola celeste de la vírgen se convertía en el letrero inflamante de la muger, arrojada de su elevada pedestal, del trono de luz en que Dios la colocara, al fango del envilecimiento. ¡Centella divina apagada en el cieno; flor picada por un gusano antes de abrirse; pura gota de rocío que pudo ser perla y se trocó en asqueroso insecto; brillante caído del sòlio del Eterno, y recogido por los impíos para adornar la diadema de Satanás!

Ya el ángel custodio de Lia se alejaba de la cabecera de su lecho, cubriéndose el rostro con sus áureas alas, y ya vertiendo raudales de llanto, fihalizada su mision en la tierra, las abría para ir á implorar del Altísimo el perdon de la culpable.

Empero, todavía ella no lo era, todavía estaban blancas todas las blancas páginas del libro de su vida...

Aviso, inspiracion del cielo fué sin duda la que le impulsó á desasirse de los brazos de su amante en aquel momento solemne, y á rechazarle con súbita energia saltando velozmente de la hamaca, trémula y agitada, cual si hubiese tocado un aspid escondido entre sus traidoras plumas.

Tan rápido y simultáneo fué este hábil movimiento estratégico, que el burlado amante, aunque quiso, no pudo evitar que se pusiera de pié, si bien consiguió asegurarla de un brazo.

Pugnó Lia para que la soltase, y en esta corta lucha, estando desabrochado el deshabilé dejó escapar un medallón de oro sujeto al cuello por una cadena de pelo.

La presteza con que la jóven se apresuró á esconderlo, escitó la curiosidad y los celos del gaucho.

—¿De quién es ese retrato?—le preguntó con voz ahogada por la cólera, oprimiendo su delicado brazo entre sus dedos de acero, sin advertir, ¡tan ciego estaba! la dolorosa contraccion que desfiguraba las facciones de Lia.

—Me haces daño, Amaro;—respondió esta, queriendo envano dar una espresion agradable á su fisonomía y una inflexion dulce á su angustiado acento.

—¿De quién es ese retrato?—volvió á preguntar el gaucho soltando el brazo y asegurándola por la cintura.

Lia bajo los ojos y no respondió.

—¡Dámelo!

—¡No!

—¿No me lo das?

—¡No!

—¡Ah! pérfida, te comprendo,—esclamó aquel rechazándola furioso;—ese retrato es el de mi rival, de ese miserable á quien amas, á pesar de todas tus falaces protestas y mentidos juramentos. Anda, corre y entrégale tu corazon cobarde, para dármele á mí seria preciso que rebosase de amor y nobleza y tú... nacida entre esa gente imbécil que cuando mira á su patria esclava, en vez de imitar nuestro ejemplo, se prosterna y presenta las espaldas al azote y el cuello á la cuchilla de sus verdugos, con tal que la dejen vegetar vilmente en las ciudades; tú, educada entre el lujo y los placeres, acostumbrada á cifrar tu ventura en un vestido de moda ó en una joya, no puedes, no, comprender mi sublime pasion! No puedes, no, valorar el sacrificio inmenso que te hago robando el tiempo á mi patria para consagrártelo á tí!... Loco he sido en poner mi cariño en un ser tan... no sé como calificarte! ¡Loco he sido en presumir que abrigaba tu alma el candor y la pureza de tu semblante!...

—¡No mas, no mas!—esclamó Lia, sacando el retrato y dándole; mira y desengáñate.

Cogió rápidamente el gaucho la imagen que le ofrecía, y la acercó á sus ojos, contemplándola con la avidez de un avaro que encuentra el talego de oro que creía perdido.

—Mira esa venerable frente, esos blancos cabellos,—continuaba entretanto Lia enjugándose las lágrimas que las infurias y sarcasmos del irritado galán la hicieran verter;—obsérvalo bien y dime si es así el retrato de un amante.

El gaucho no la escuchaba; fija la vista en la imagen, analizaba una á una sus facciones y parecia reluchar con una espantosa pesadilla: sus manos temblaban, se contraían sus labios, y una palidez mortal borraba hasta las últimas huellas del encendido carmin con que no ha mucho la fiebre del amor animaría su semblante.

Convencido que no se engañaba, miró á Lia de hito en hito, y sus sospechas se trasformaron en evidencia. Con todo, quiso persuadirse de que tal vez se engañaba, y la interrogó con la ansiedad del que desearia ignorar lo mismo que pregunta.

—¿De quién es este retrato?

—De mi padre.

—¿De tu padre?

—Sí.

—¡Dios Eterno! lo habia adivinado—esclamó el proscripto golpeándose la frente con su pesada mano;—¡ah! ¿por qué no me lo has dicho desde un principio?

—El temor... un capricho... ¿qué se yo?... quería que ignorases el nombre de mi familia, contestó la jóven.

Amaro inquieto y agitado, clavó la vista en el suelo presa de dos sentimientos que con igual violencia despedazaban su alma; pero era esta demasiado fuerte, demasiado grande para que durase mucho tiempo su incertidumbre.

—¡Sí, es necesario, murmuró; Lia, luz de mis ojos! perdóname y abrázame, abrázame sin temor, porque pronto debemos separarnos, tal vez para siempre.

El dolor prestaba un colorido tan grave, el heroico sacrificio que voluntariamente se imponía, sublimaba tanto al que pronunciaba aquellas palabras, que la jóven se arrojó en sus brazos sin vacilar.

Frenético estrechola él contra su pecho, apoyó su rostro en su espalda alabastrina, dejándola húmeda con sus lágrimas; y como ella correspondiese á sus transportes con otros iguales la apartó suavemente, y salió con paso acelerado en busca del incógnito de la carta, cual si temiese si permanecia allí un momento mas, ofuscarse, perder el juicio y sucumbir de nuevo, ceder otra vez sin advertirlo, al delirio, á la embriaguez, al vértigo de su mútua pasion volcánica, ¿y cómo no temerlo, si él la fascinaba y ella le enloquecía?

Hay impresiones que son como la pólvora, que la menor chispa enciende: nacen y crecen contra nuestra voluntad, y si no las dominamos á tiempo, contra nuestra voluntad nos arrastran al borde de un abismo y nos precipitan en él, sin que la mayor parte de las veces nos sea dado conocerlo hasta que rodamos en sus profundidades insondables. ¡Ay! la llama del amor mas puro esconde siempre un destello terrenal engendrado por la arcilla de que fuimos formados; y ese destello se convierte en devorante hoguera que lo absorbe todo, desde que el espíritu vencido en tenaz pelea y rechazado do quier por los sentidos, se oculta, huye, desaparece, se anota por un instante, avergonzado acaso de su derrota!

XI.

El cambucta.

Conforme anunciara á su hija en la carta de que dimos cuenta en el capítulo VI., don Carlos Niser habia venido á la Estancia acompañado de su esposa y del conde. Llegó cuatro días despues del rapto de Lia.

En su impaciencia por abrazarla, no habia querido detenerse en Paysandú, ni ver á su cuñado que le habria informado de la catástrofe.

El mas impenetrable misterio envolvía aun la desaparicion de la jóven: en la estancia nada se sabia. Doña Eugenia habia indagado en vano dónde se ocultaba. Estaba persuadida que ella habia huido de la estancia solo con el objeto de substraerse á su compromiso con el conde; y ni siquiera se le pasaba por la imaginacion que estuviere apasionada de otro hombre.

Los gauchos que presenciaron la escena con el enchalecador, constantes en su sistema de no traicionar jamás á un compañero suyo, nada habian declarado; y como por otra parte estaban en la falsa creencia de que Amaro en aquellos dias no se hallaba en la provincia, pues él habia tenido la precaucion de esparcir antes la voz de que partía para la Rioja, y no le habian visto por espacio de tres semanas, no dieron grande importancia á las palabras del muerto, y luego, si hemos de hablar con franqueza, todos y cada uno en particular temían su venganza. En el poco tiempo que conocían á Amaro, bajo el supuesto nombre de Calibar, habian cedido sin advertirlo á la influencia y prestigio que ejercen siempre los hombres superiores sobre los ánimos vulgares cualquiera que sea la situacion en que la suerte los coloque.

El pulpero tampoco declaró nada por la misma razon, y por otra concluyente para él. El crédito del establecimiento

(1) Insecto parecido al abejorro.

(2) Especie de conejo.

(3) Se llama ganado alzado al que se escapa de alguna estancia y se vuelve silvestre.

estaba basado en su reserva y circunspección. El día que por causa suya prendiesen á alguno todos sus parroquianos le abandonarían y ¡ay de él! si los parientes ó amigos del agraviado le encontraban lejos de la ciudad, en alguna encrucijada ó camino solitario!

Las pesquisas, pues, de doña Eugenia y de su esposo fueron de todo punto inútiles. En vano sus emisarios recorrieron todas las estancias circunvecinas y pueblos del departamento. Nada pudieron indagar, nadie les dió la menor noticia por la cual pudiesen seguir el rastro de la fugitiva. Doña Eugenia estaba inconsolable.

Entrelanto llegó don Carlos á la estancia, y figuraos cuál sería su dolor al no encontrar allí á su hija idolatrada!

Su hermana le abrazó llorando y se lo dijo sin rodeos, puesto que no había medio de ocultarle la verdad.

Momento terrible fué aquel para todos los de la familia. El anciano se dejó caer sobre un sillón, pálido como la muerte, el rostro desencajado, inmóvil, trabada la voz, sin acertar á quejarse ni á prorrumpir en llanto. Sus apretados dientes no permitían que saliesen los ahogados suspiros que exhalaba su alma, y sus yertas pupilas se negaban á dar libre curso á las lágrimas de fuego que en ancho raudal brotaban de su corazón despedazado. Doña Petra, por el contrario, en vez de imitar su ejemplo y el de su cuñada, montó en cólera, se desató en injurias é improperios contra Lia, y no encontrando en el diccionario de la maledicencia voces bastante duras para calificar su conducta, llegó hasta maldecirla: mientras el conde, pensativo y silencioso, con los brazos cruzados, inclinada la cabeza sobre el pecho y los ojos fijos en tierra, parecía reflexionar sobre lo que probablemente ninguno de los circunstantes se acordaba á la sazón, porque la angustia de aquellos y la ira de esta, no se lo consentía. Parecía reflexionar y reflexionaba en efecto, sobre las causas que motivaran la evasión de su futura esposa, y un fatal presentimiento le decía, no que ella no le amaba, de eso estaba convencido desde mucho tiempo atrás, sino que otro hombre mas feliz conquistara su cariño durante su ausencia, y puestos ambos de acuerdo la habría seguido desde Montevideo con ánimo de robarla en la primera coyuntura favorable...

A las imprecaciones de su esposa, cada vez mas furibundas, don Carlos volvió de su enagenación, é informándose apresuradamente de los resortes que se habían puesto en juego para descubrir el paradero de Lia, meneó la cabeza en señal de desaprobación, ordenó que le ensillasen otro caballo, y no bien estuvo pronto, sin descansar del largo viaje que acababa de hacer ni decir á donde se encaminaba, partió solo en busca del tío Chirino, alias *Cambueta* (1) que residía á cuatro leguas de allí en una estancia de un amigo suyo.

¿Y quién era el tío Chirino, ó mas bien *Cambueta*, por cuyo sobrenombre le conocían generalmente? ¿Era acaso adivino?... Poco menos... ¿Era *Vaqueano*!

Para explicarlos, carísimos leyentes y amadísimas lectoras, todo lo que esta palabra significa, necesitaríamos algo mas que los estrechos límites de un capítulo. El *Vaqueano* es un tipo especialísimo de nuestras provincias, que desarrollaremos en otra novela de menores dimensiones que la presente y que formará parte de los cuadros característicos y locales que nos proponemos reseñar, como ya hemos tenido el honor de prevenirnos antes.

Ahora nos bastará saber que el personaje que nos ocupa era un hombre que conocía palmo á palmo todo el territorio de la Banda Oriental y á los gauchos de todos sus departamentos. Buscaba á las personas que se le indicaban donde quiera que estuviesen, mediante una retribución mas ó menos crecida, segun la distancia y el tiempo que necesitaba invertir para conseguirlo, y siempre, si no habían muerto ó emigrado á otro país, en un plazo mas ó menos largo descubría su paradero, por mas recóndito é ignorado que este fuese.

Era el único que en Paisandú sabía que los montoneros ocultos en el bosque habían venido de Tacuarembó y Salto y que Caramurú se hallaba entre ellos.

D. Carlos llegó al caer la tarde á la estancia donde vivía, y preguntando al capataz si estaba en su rancho, supo con gran disgusto que no había venido aun de la Pulperia que acostumbraba frecuentar, y que era la misma donde acaeció la muerte del *Enchalecador*.

Esperóle con creciente impaciencia por mas de tres horas, y cuando juzgaba que ya no vendría, un canto gutural y prolongado que resonó á lo lejos, y galope lejano de caballos le anunciaron que volvía acompañado de algunos *peones* y *aparceros* (2), unos completamente ebrios y otros alegres nada mas.

El deber de historiadores concienzudos é imparciales, nos obliga á declarar que el *Cambueta* pertenecía á los segundos: pues la dignidad de su grave ministerio le impedía embriagarse nunca en público; lo cual no obstaba en manera alguna para que cuando se veía solo en su rancho, en las altas horas de la noche, tomase sus *trancas* (3) muy decentes al son de la guitarra y de los *cielitos*, canciones populares que cantaba con una voz de búfalo capaz de ahuyentar á los mismos diablos.

—Chirino, vengo á verte,—le dijo don Carlos apenas pasó el dintel,—para un asunto de grande importancia. Deseo hablarte á solas.

El *Cambueta* se inclinó en señal de asentimiento, y juntos se encaminaron al rancho.

—Vamos, señor de Niser, ¿qué quereis? le preguntó no bien llegaron, fingiendo el muy tuno que ignoraba el objeto de su visita.

—Mi hija ha desaparecido hace cuatro días de la estancia de la Cruz alta.

—¿Si?... ¡vaya un desastre!—esclamó el *Vaqueano* abriendo tamaños ojos;—¿con que ha desaparecido?... ¡Dios nos asista!

—Si, amigo mio, y deseo que averigües donde se halla.

—Dificilillo es, señor don Carlos...

—Vamos, te recompensaré generosamente.

—He oido decir que se han practicado infructuosamente las mas esquisitas diligencias, contestó el *Cambueta* deseando magnificar el servicio que se le exigía, para aumentar su precio.

(1) Patizambo.

(2) Amigos.

(3) Botracheras.

—Te daré diez onzas de oro si descubres donde se oculta y me traes cuatro renglones de ella.

El *Vaqueano* lanzó con desden un *sohs!* sobrado espresivo, cuya significacion comprendió asaz su interlocutor.

—Serán veinte.

El *Cambueta* se alzó de hombros.

—Treinta, cuarenta, cincuenta!... murmuró don Carlos.

El tío Chirino se puso á tararear á media voz una de sus canciones favoritas:

—Arroró mi ñato,
Arroró mi sol,
Vamos á la *yerra*,
Trae mi *redomon*.

Tania avaricia exasperó al abogado que no comprendía, cómo por un servicio al parecer insignificante, no se contentaba con la respetable suma que le ofrecía.

—Y bien, esclamó, ¿qué significa esa estúpida cantinela?

—Significa, señor mio, que por cincuenta onzas no puedo comprometer mi reputacion.

—¿Pues cuánto quieres?

—Lo menos cien.

—Las tendrás.

—Vengan cincuenta por lo pronto.

—¡Tunante! ¿dudas de mí?... gritó don Carlos ofendido de semejante desconfianza.

—Yo no dudo, señor, pero estoy acostumbrado á que me paguen adelantado.

—¿Y si no me cumples tu palabra?

—En ese caso, muy extraordinario á la verdad, os devolvería íntegro el dinero que me hubiéreis anticipado.

Niser había traído un bolsillo abundantemente provisto, pero que no alcanzaba en mucho á la cantidad pedida; sacóse pues un magnífico alfiler de brillantes que llevaba en la camisa, y reunido al bolsillo se lo ofreció como prenda ó fianza de la deuda que contraía.

El *Vaqueano* con gran sorpresa suya, en vez de tomarlos, soltó una carcajada y los rechazó con la mano. El taimado aparentaba burlarse del buen viejo, despues de haberle marcado el alto precio en que estimaba sus servicios.

—Os conozco, señor don Carlos, y sé quien sois: habia querido únicamente experimentaros. Nada, me dareis lo que os parezca justo. Ahora, oid mis condiciones, y juradme por vuestro honor, que una vez aceptadas no faltareis á ellas.

—Te lo prometo.

—En primer lugar, guardareis el mas profundo secreto acerca de la comision que me habeis dado.

—¿Por qué?

—Abi está el quid.

—Risible es tu pretension, cuando nadie ignora que ganas la vida de ese modo.

—Es una precaucion... ya veis... podria fracasar... y ante todas cosas conviene poner á cubierto el honor del pabellon.

Sonriose el abogado de la astucia del *Cambueta*, recordando involuntariamente las advertencias que en casos idénticos por vía de precaucion, solia él hacer á sus clientes.

—En segundo lugar,—continuó aquel— es de absoluta necesidad que por ningun pretexto, ni ahora ni mas tarde intervenga la justicia en este asunto.

—Concedido.

—En tercer lugar, seguireis ciegamente mis instrucciones al pié de la letra y sin pedirme esplicaciones acerca de ellas.

—Bien.

—Y por fin, me concedereis diez dias, contados desde esta noche, para practicar las diligencias necesarias y poderos dar una respuesta definitiva.

Don Carlos accedió á todo, encargando al *Vaqueano* que evacuase su comision lo mas pronto posible.

Este, que habia presenciado el combate á muerte con el *enchalecador* y oido sus palabras, estaba convencido de que Amaro y no otro era el raptor de Lia: toda la dificultad estribaba en verle y arrancarle diestramente su secreto.

Escribió la carta y la puso en el parage indicado: por tres dias acudió en vano á ver si la habia recojido: al cuarto no la encontró: el gefe de los montoneros habia vuelto de su escursion al campamento de los charruas, y ya sabemos la impresion que causara en él, dicha misiva y el modo como salió de la habitacion de su amada con ánimo de apersonarse con el portador ó autor de ella.

El *gauchó*, media hora antes de llegar al parage convenido, ató su caballo á las ramas de un árbol y marchó á pié, no en línea recta, sino describiendo un ángulo: cerca ya del naranjo trepó encima de un corpulento *seibo* que dominaba aquella localidad, y tendió la vista en rededor; luego dio una vuelta en torno del árbol donde le esperaba el *Vaqueano*, prestando el oido por si distinguia rumor de hombres y caballos, y examinando con ojos de lince la tierra para cerciorarse por las huellas de que solo aquel habia entrado en el bosque.

Persuadido de que no le armaban ningun lazo, se aproximó cautelosamente al naranjo: apartaba con tal tino las ramas y pisaba tan suavemente que, á ser de noche, se le hubiera tomado por un espíritu de la selva. Sus *botas de potro* resbalaban sobre la yerba sin producir el mas leve rumor.

Apartó el ramaje con la diestra mano armada de su puñal, cubriéndose con la siniestra el rostro que, á escepcion de los ojos, desaparecía bajo el haldá del poncho, y con voz vibrante y avasalladora gritó al *Cambueta*:

—¡Vuélvete!

El *Vaqueano* obedeció esta orden cual manequí movido por una cuerda. El paso no era para menos, le iba en ello la vida.

Amaro saco un pañuelo, le vendó los ojos, le arrebató las pistolas de que iba provisto, le cojió de la mano y se lo llevó á unos quinientos pasos de allí.

—Siéntate, le dijo, y espícame en pocas palabras el objeto de esta cita.

—¿No os acordais ya de mí, señor? preguntó el tío Chirino, acomodándose lo mejor que pudo sobre un monton de hojas secas, obediendo al impulso que le comunicaba la mano de su acompañante.

Hasta entonces el *gauchó* no se habia fijado en él; el timbre de su voz le hizo contemplarle con detenimiento. Súbito recuerdo vino á desvanecer sus dudas:

—¡Voto al diablo! esclamó arrancándole la venda, tú eres el *Cambueta*. No-te habia conocido.

—Gracias, señor Amaro, mas vale tarde que nunca.

—Dime, continuó éste con visible recelo, ¿alguien mas que tú sabe que yo estoy en este departamento?

—Nadie: os lo aseguro; yo mismo lo ignoraria á no haberos reconocido en la soberbia puñalada con que despachasteis á ese maldito brujo en la pulperia á que asisto diariamente. ¡Oh! cuando os ví luchar con él os reconocí, porque nadie se le atrevia por acá, y era necesario ser tan valiente y diestro como vos para osar combatirle frente á frente y cuerpo á cuerpo. Al fin pagó las muchas muertes que debia ese *malévolo*.

—Chirino, no insultes á los muertos, respondió Amaro con grave melancolía; ¡ya no existe!... ¡Dios haya tenido piedad de su alma!

—Francamente, señor, no merece que se le tenga compasion...

—Basta... espícame el objeto que te obliga á solicitarme.

—¿Lo ignorais? preguntó el *Vaqueano* con una sonrisa maligna y burlona que no dejó de desagradar á su interpellante, el cual ni aun en broma consentia que nadie se le riese en sus barbas.

—Mira, le dijo, te prevengo que contestes lisa y llanamente á lo que te pregunte, sin interpretar lo que te diga ni comentar mis razones. ¿Has oido?

Pronunció el *gauchó* estas palabras mirando de arriba á abajo con ceño y menosprecio al *Zumbon*, recordándole asi la distancia inmensa que mediaba entre ambos.

—¡Eh!... si tomáis á mal una chanza insignificante,—repuso el tío Chirino un tanto cortado,—me callaré como un perro, quiero decir, no hablare hasta que me interroguéis.

—Eso es lo que deseo.

—Podeis empezar.

—¿Quién te envia?

—El señor don Carlos Niser.

—¡Niser! ¡El señor don Carlos Niser! repitió Amaro con amargo acento de tristeza y reconcentrada pena.—Acaso sabe él...

El *gauchó* se detuvo acordándose de repente que el *Vaqueano* no estaba iniciado en su secreto, y que él iba á revelárselo antes de tiempo con sus imprudentes preguntas. Conociólo aquel y se apresuró á sacarle de su error, diciéndole con la seguridad é impavidez que acostumbraba en casos tales.

—No os aflijais, ignora completamente que la señorita Lia ha sido robada por vos, y se halla en el fondo del bosque en vuestro propio rancho.

—¿Y tú, cómo lo sabes? preguntó el *gauchó* sorprendido por aquella brusca insinuacion.

—Por una casualidad... que seria muy larga de contaros... y ahora estamos los dos de prisa... pero estad persuadido que solo el *enchalecador* y yo hemos podido sorprender vuestro secreto.

—Pronto se habrá remediado el mal que involuntariamente la he ocasionado, murmuró el noble cuanto infortunado amante. Continúa:

—¿Qué he de continuar?

—La narracion de lo que te pasó con don Carlos.

—¡Eh! estuvo á verme hace cuatro dias y á ofrecerme hasta doscientas onzas si descubria el paradero de su hija y le llevaba cuatro renglones escritos por ella.

—¿Y qué pretende?

—¿Qué se yo? me dijo que solo anhelaba saber que estaba buena y que no corria ningun peligro. ¡Oh! la quiere mucho el buen viejo! Lloraba al hablar de ella, y me repitió mas de cien veces que á trueque de saber eso la perdonaria su locura y los pesares que le ocasionaba, correspondiendo tan mal al cariño con que siempre la habia distinguido.

—Escucha: nada exigirás al señor de Niser por tu trabajo...

El *Vaqueano* tosió, cual si quisiera por este modo indirecto preguntar quien se encargaba de pagarle, pues los tiempos no estaban para servir gratis, ó para fiar, que en último resultado la mayor parte de las veces viene á ser lo mismo.

—Yo me encargo de satisfacer esa deuda, continuó el *gauchó* clavando en él su fascinante mirada de águila; yo me encargo de pagarla, ¿entiendes? Y si llego á saber que has recibido un solo centavo del señor de Niser te *estaqueo* (4) apenas caigas en mis manos.

—¡Oh! descuidad, señor, descuidad replicó el tío *Cambueta* apresuradamente; la echaré de generoso y nada, nada tomaré.

—Le dirás que has visto á su hija, que está buena, y le llevarás la carta que desea. Por mas súplicas que te haga no le descubrirás nuestra guarida... *Cambueta*, se que eres leal, y sobre todo amante de tu patria; confío que no me traicionarás.

—Moriria primero.

—Mañana á las doce de la noche acompañarás á don Carlos á las tapias del cementerio: yo estaré allí aguardándoos. Es un parage solitario y respetado del vulgo. Allí nadie irá á interrumpirnos. Le dirás que un antiguo amigo suyo que te ha ayudado eficazmente en tus investigaciones desea hablarle; pero por Dios que no pronuncien tus labios el nombre maldecido que me han obligado á aceptar los intrusos, para él yo no soy *Caramurú*, soy únicamente Amaro. Ahora monta á caballo y ven conmigo.

ALEX. MAGARIÑOS CERVANTES.

Sentimos tener que dirigir nuevamente nuestros ruegos á los periódicos que toman de todos los números de *La Ilustracion* artículos y trozos sin advertir la procedencia, para que nos hagan el obsequio de citarla. Esta exigencia nuestra es tanto mas justa, cuanto que á pesar de abstenernos de reproducir una sola línea de otras publicaciones, fuera de la crónica semanal, vemos todos los dias no solo copiados, sino desmembrados y truncados periodos de los escritos que aparecen en *La Ilustracion*. Confiamos en que no olvidarán este aviso los diarios reproductores.

(4) Llamase *estaquear* á un suplicio inventado por los indios, y que consiste en clavar cuatro estacas en tierra, y atar fuertemente á ellas por los cuatro remos con un lazo, de modo que quede suspenso en el aire, al infeliz condenado á ese bárbaro castigo.



Escenas conyugales.

—Vd. no queria salir de casa, señor don Andrés, pues el hombre propone y Dios dispone.
—No es Dios, es el demonio en figura de mi muger!...



Los solterones.

—Dices que la de la izquierda te gusta mas!..
—Sí, amigo, la hacen mucha gracia sus 100,000 duros.



El amigo del marido.

—Gracias, Eduardo, no olvide Vd. que los obsequios son inútiles para la amistad...



Proyectos de primos.

—Cuando sea rico ya te compraré un bonito devanador.
—Que no me olvides es lo que yo necesito.

Proverbios persas.

La ignorancia es una rosa que se marchita á cada paso del que consigue marchar sobre ella, y que pone en ridículo al que la lleva sobre sí.

Quien aumenta su esperiencia aumenta su ciencia; quien aumenta su credulidad aumenta sus errores.

El que no dedica á profesion alguna á su hijo obra de la propia suerte que el que lo enseña á hilar.

El hambre es una nube de la que se desprende una lluvia de elocuencia y de ciencia; la saciedad es una nube de la que cae una lluvia de crasitud y de ignorancia.

Cuando se halla vacío el estómago, el cuerpo se convierte en espíritu, pero cuando está muy lleno, el espíritu se torna cuerpo.

Temed que os teman.

No trabeis nunca disputas contra tres hombres á la vez, temiendo que uno de ellos se convierta en vuestro enemigo, y en testigos los otros dos.

Una frase.

En un jóven escritor aleman, contemporáneo, hallamos el pensamiento siguiente:

—«La ingratitud es para la humanidad el mas denigrante de los vicios, habiendo sido á nuestra época á la que le ha cabido la gloria de su estirpacion. — Para esto no hemos hecho otra cosa que valernos de un medio tan sencillo como enérgico, — suprimir los beneficios y los favores.

La costumbre respecto al teatro.

Son singulares las conveniencias teatrales que ha establecido la costumbre; el amor no se atreve á presentarse en él sin proponerse por fin único el matrimonio. Que un apasionado doncel y una esvelta dama se amen y se lo confiesen y se dejen arrastrar por su pasion... — no habrá uno solo entre los espectadores que no grite que aquello es absurdo, mas que absurdo, inmoral. — Empero no sucede lo propio si se trata de un incesto ó del adulterio. — La cosa parece entonces sumamente sencilla y natural, y no hay nadie que replique la mas leve espresion.

Los cumplimientos.

Encontrándose un día el conde Rochester en el parque con Isaac Barrow, les dijo á las personas con quienes se hallaba: «Es preciso que me divierta un rato con este original;» y en seguida, aproximándose á él «Doctor, le dijo, me prosterno ante vos hasta las cintas de mis zapatos. Milord, replico Barrow, quitándose el sombrero, yo me prosterno ante vos hasta el mismo suelo.» Rochester volvió á emprender sus cumplimientos, diciendo: «Doctor, soy vuestro hasta el centro de la tierra. Milord y yo vuestro hasta los antípodas.» Rochester, dando ya por satisfecho su capricho, exclamó: «Doctor, vuestro hasta en lo profundo de los infiernos. Milord, le replicó Barrow, en ellos os dejo;» y alejose de allí, despues de pronunciadas estas palabras.

GEROGLIFICO.

